

netra en la cueva, es el panorama que desde el balcón se disfruta. ¡Qué encanto! La distancia no es tan remota que resulte el paisaje un plano topográfico, ni tan próxima que se eche encima. Al pie de la peña hay un rellano de meseta donde termina el camino de subida, que se pierde culebreando hacia la izquierda, en la misma dirección que un riachuelo gijoso que baja saltando desde la cima de un monte por una tortuosa cañada.

Desde esa planicie de abajo excitó el Obispo D. Opas á Pelayo para que rindiese pleito homenaje á los musulimes, y quizás desde ese mismo pedazo de terreno vió el traidor y el apóstata cómo rebotaban en el granito y herían á los infieles sus mismas flechas.

Otra ruta con pretensiones de carretera, en construcción todavía, y que pronto se convierte en pedregosa senda, asciende por la derecha también, al lado aunque en sentido opuesto de la corriente; por ahí se va al lago Enol, inabordable hoy por el temporal. Observo que casi todas las rutas del valle tienden á juntarse con el agua bulliosa; me explico la sugestión, porque jamás he visto hilos de espuma ni burbujas más cristalinas. Aquí y allá salvan el lecho rús-

ticos puentecillos y un puente ya «persona mayor» con barandilla de hierro, inmediato á un pueblecito reclinado en un ribazo. Multitud de casitas que se comunican por veredas, blanquean desperdigadas por lomas y collados, y cierra, por último, el término una cadena de montañas altísimas que tocan en las nubes y se dan la mano, convirtiendo el sitio en un gran hoyo.

Imagínese ahora el lector todas estas laderas y vertientes, contempladas desde un punto alto, cubiertas de una bravía vegetación que alterna sus tonos oscuros con los claros de los musgos y céspedes, cruzado de arroyuelos y torrenteras, desierto el lugar y tamizado por las hiladas de la lluvia que cae en diagonal, formando un espeso velo de agua y confundiendo su rumor de aguacero con el de los saltos de las cascadas, y se comprenderá que no acierte uno á separarse del mágico balcón.

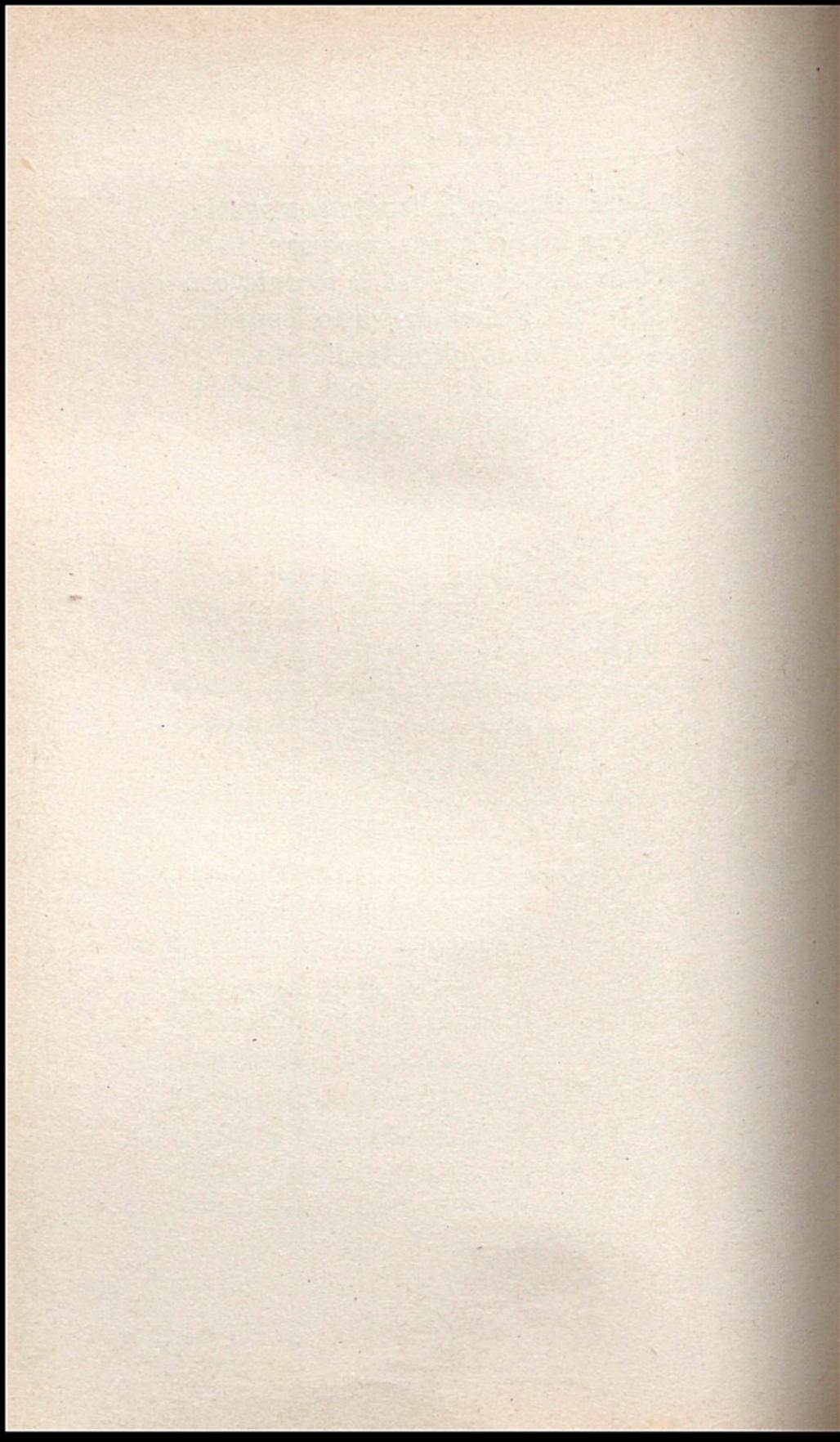
También el primer término tiene algo que contar. Carlos III (¡oh nobilísimo *Carolus* de perdurable memoria, hasta en Covadonga te encuentro!), fascinado por la grandiosidad natural é histórica de este sitio, quiso perpetuar su recuerdo levantando una basílica que dejase dentro de su recin-

to la simbólica cueva, y á tal fin construyó, adosado á la roca, un pretil de mampostería de 90 pies de alto, soberbia construcción que permanece inalterable aunque tapizada, por los años, de yedra, de la misma yedra de la peña, que encontró muy lógico y apetecible agarrarse á aquellos hermosos bloques tan lisitos.

Semejante recio malecón ha servido de algo, ha venido á constituir como una especie de contrafuerte; pero alabémonos de que una obra arquitectónica, por magnífica que ella fuera, no haya encerrado la gruta robando al sitio su majestad inmensa, la hermosura ruda y natural que hoy posee. De entre las arrugas que orillan la boca de la cavidad caen á plomo varios chorros que recoge la alcantarilla ú hondo estanque, labrada en la base del monte por Ventura Rodríguez. Uno de los brazos de agua constituye un grueso penacho de catarata blanca que casi roza la taza de la poza, manteniendo siempre en el aire el tupido velo de una pulverización. Todos estos caños al estrellarse y la corriente que por la atarjea se forma y resbala mantienen un rumor eterno de torrente, que le ata á uno á la barandilla de la cueva y le hunde en un éxtasis

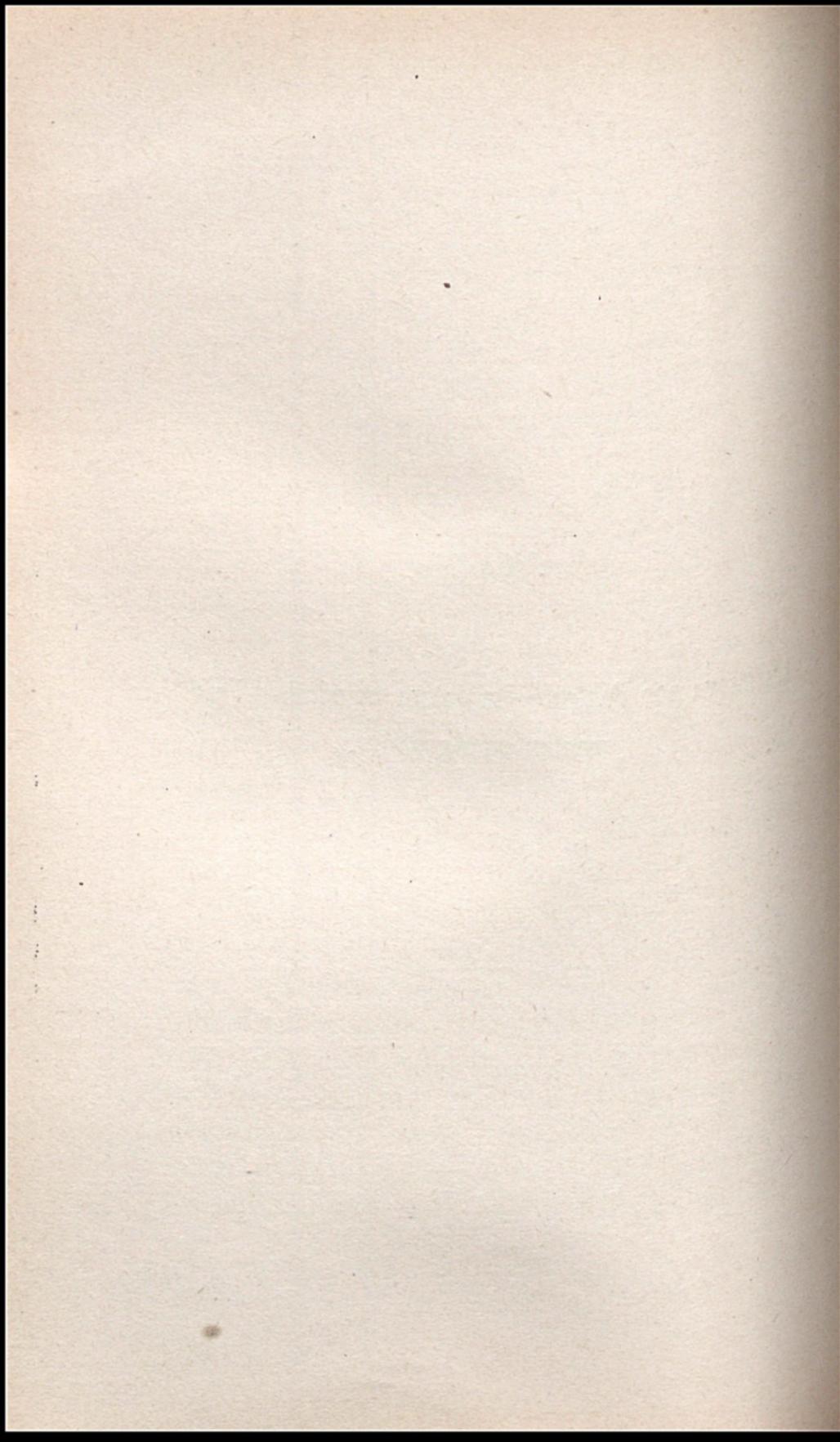
profundo besándole en la frente con sus ondas frescas que trae el aura, como si el hada de los sueños azules viniera á tocarle con el dedo y á invitarle á volar por los espacios ideales. ¿Y por qué no? ¡Volemos!





XVI

La cueva por dentro.—La futura catedral.—Tres
mantas en Agosto.



XVI

LA CUEVA POR DENTRO

No es muy profunda, y, por tanto, resulta llena de luz, gracias á lo ancho de su boca. En realidad comienza en una plataforma de la escalera, que forma como su vestíbulo, y que también cuenta ¡con otra abertura defendida por una barandilla. ¿Era este el acceso primitivo de la gruta? ¿Por dónde descendía luego, suponiendo que terminara en el rellano del estanque? El sacristán lo ignora todo; sólo sabe, y si no lo sabe, lo huele, y á fe que la natura le ha dado para olfatear unas narices de á palmo; sólo sabe que llevaremos algún recuerdo de nuestra visita á Covadonga, y, á tal fin, mientras examinamos el lugar, se ha aposentado junto á una vitrina, tras de cuya tapa de cristal se distinguen crucecitas, medallas, estampas y demás presentes piadosos.

sos de ritual en cuanto trasciende á milagroso.

Piérdense treinta minutos en escoger cada cual el recuerdo más de su agrado, y dispuesto á la benevolencia el narigudo sacristán por el negocio hecho, continúa mostrándonos al detalle la gruta sacra. La protagonista aquí es la Virgen milagrosa, la de las batallas, la que debiera ser Patrona de España entera. La imagen parece recién restaurada. Yo esperaba encontrarme una efigie tosca y ruda, revelando más la fe que el arte, una de esas figuras bizantinas informes, y me hallo, por el contrario, una carita sonrosada, dulce, moderna. ¿Y esta suave talla es la misma que dió el triunfo á los cristianos montañeses? Un sabio como D. José María Cuadrado se permite dudarlo, y á la verdad que no creo, sin más testimonio que el de los ojos, que ande desca- minado en su duda.

En su fondo, la techumbre de la cueva es tan baja, que puede tocarse con alzar la mano. Una verdadera red de tubos y cañerías de zinc recoge las filtraciones de la roca y las encauza. Un agujero negrea á la izquierda. Me asomo, y veo un brazo de agua espumosa que se precipita por un canal la-

brado por la naturaleza en la peña, y que socavándola por bajo de su piso, va á caer al estanque en estruendosa cascada, misántropo torrente que canta la gloria de la cueva con su eterna voz escondida. ¡La tumba de Pelayo!, dice el sacristán, mostrándonos á la entrada de la gruta, en el arranque de la escalera, una reja empotrada en el muro, que me recuerda la de Garín en Monserrat. No menciona siquiera á su esposa, enterrada con él. Es un desgarrón de la piedra, defendido por recios barrotes, tras los que se divisa el principio de una losa funeral cubierta enteramente de verdín. El guía no da tiempo á meditaciones. Enciende una cerilla y nos hace penetrar en una lóbrega reconditez sin luz, que parece una mazmorra y que suda humedad; el aire es denso, la atmósfera trasciende á subterráneo. Al débil resplandor del fósforo vislúmbrase un sepulcro cincelado toscamente en un bloque condenado á eternas tinieblas. ¿De quién es? La sotana de ala de mosca despliega sus labios proféticos, y acompañando la afirmación del asturiano, «es verdad», que nos ha repetido cien veces desde que tenemos el honor de tratarle, exclama con espartana sencillez: «Del yerno de Pelayo.»

¡Oh vándalo inconsciente! ¡Llámesse usted Alfonso I, y merezca de la posteridad, por su fe religiosa, el dictado del Católico; ensanche el naciente Reino astur más allá de estas cañadas, y, llevando el terror al campo agareno, asalte treinta ó cuarenta ciudades, plantando en sus muros la cruz, siquiera por el momento; sea heredero de la gloria del bravo caudillo que aquí dió el primer golpe de muerte á la morisma, para que un sacristán olvide su nombre y le considere digno de inmortalizarse sólo como yerno de Pelayo!

No sé de quién fué la idea de enterrar aquí á Pelayo y á Alfonso el Católico. Quizás el hecho se pierde entre las brumas de la época de hierro que les siguió. Fuera de quien fuera, resultó felicísima. Ambos sarcófagos son más solemnes y dignos de las cenizas que encierran; más augustos, en su salvaje austeridad, que cuantos primores del buril hubiese realizado el arte. Ambos Monarcas hicieron de esta peña el pedestal de su gloria, y la posteridad les ha dejado dormir el sueño eterno como quizás lo soñaron ellos: acostados sencillamente entre el granito.

LA FUTURA CATEDRAL

Desde el balconcillo de la cueva de la Virgen descúbrense, bajando por el camino que conduce á la cima del monte, un encauchado á caballo, primero, y otro á pie, arreando un borrico que lleva delante, circunstancia que no deja de extrañarnos á cuantos les contemplamos. Los viandantes llegan en estas al pie de la gruta, y entonces queda aclarado el por qué viene el jugueto con tanta holgura: trae la cincha colgando, rota. Ambos viajeros descienden empapadísimos, hechos una sopa. Regresan del lago Enol. ¡Toma! Pues entonces, son los que se aguardaba; de quienes depende nuestro alojamiento. La cosa merece la pena de resolverse y de celebrar una conferencia con la patrona de la hospedería.

¡Loado sea Dios! Los viajeros que regresaron del lago están secándose. Tan mojadísimos han bajado, que destiñéndoseles el impermeable y caladas las ropas, el negro de la tela les penetró hasta la piel, trasformándoles en mozambiques. Pero se van en

seguida. El blando lecho (¡ojalá lo resulte!) será con nosotros. Aprovechemos las pocas horas de luz que nos quedan, visitando la nueva basílica.

El abad, á quien vengo recomendado, se halla en baños. No importa. En su ausencia recíbenos un canónigo alto y fibroso, de abierta fisonomía, campechanote, y todo él sencillo y espontáneo, con la espontaneidad que da al individuo el vivir en la plena naturaleza. A las primeras palabras vertidas de su boca, comprende uno que se encuentra frente á frente á un espíritu superior, lleno de cultura, y ¡cosa rara en quien tiene escaso comercio con el mundo! lleno también de la flexibilidad de un diplomático. Se llama D. Joaquín García Muñoz.

Recorremos primero la cripta del nuevo templo, nuevecita y con poco de artístico, muy afrancesada; admiramos luego una colección de grandes retratos al óleo de los Reyes de Asturias y algún tapiz de mérito; hacemos estación en la sala capitular; firmamos en el álbum de viajeros, depositando nuestra limosna, y guiados por D. Joaquín, como aquí familiarmente se le denomina, encaminámonos en pelotón varios turistas á la basílica en proyecto.

Su emplazamiento es magnífico. Se alza en la cima de un cerro, á la vista de la hospedería, y dominando el desfiladero de subida á la cueva. Recios estribos con rasgadas ventanas salvan el desnivel, y anchas rampas y escalinatas ofrecen acceso á la basílica. La obra se halla adelantadísima, y sus muros próximos á cubrirse. Es una linda catedral, inspirada en el gusto bizantino, y de una gran finura de líneas. Pequeña, pero correcta. Unos 50 ó 60 obreros trabajan la piedra bajo un ancho cobertizo. A todas horas se oye aquí el martilleo del buril desbastando bloques, y examinando éstos despacio, se encuentran verdaderas filigranas.

Y esa es la última de las victorias conseguidas entre estas breñas. No há mucho tiempo, todos esos obreros que hoy arrancan tales bellezas á la piedra, eran unos campesinos zafios, que solamente sabían manejar el dalle de agudo filo. La voluntad de hierro de dos hombres de corazón ha hecho el milagro de instalar en las honduras de la montaña semejante escuela de artes y oficios, trayendo la parte sana del espíritu moderno de nuestros tiempos á las soledades de Covadonga. A cualquier hora, entre los bloques, entre los hombres que los la-

bran, inspeccionando los trabajos, dirigiéndolos con la pericia de consumados arquitectos, velando noche y día por el adelanto de la fábrica, que llueva, que truene, que haga sol, sin desmayar nunca, arbitrando fondos por cuantos medios les sugiere su entendimiento, consagrando su vida entera á la prosperidad del futuro templo, véanse dos siluetas altas y enjutas, con balandrán y gorro, dos hombres enérgicos y activos á cuya voluntad de acero, inquebrable, se deberá el levantamiento de la futura catedral de Covadonga, y que no son otros que su docto abad D. Máximo de la Vega, y su no menos ilustre canónigo y administrador D. Joaquín García Muñoz.

Bastante les ayudan los potentados de la región con sus donativos, pero es un desconsuelo que en el país clásico de la Virgen tenga que levantarse esta casa suya de la montaña, de limosna, entre varios próceres generosos, y duro por duro, de los turistas que visitan la cueva.

TRES MANTAS EN AGOSTO

Anticipada por la cerrazón, la noche se ha echado encima lóbrega y oscura. Las tinieblas que aquí reinan, la terrible humedad del ambiente, el aislamiento anejo á la vecindad de gentes que no se conocen, nos recluye á nuestro cuarto, una celda humilde, de encaladas paredes, con dos alcobas, y hojas pintadas de azul, con cuarterones, en la única ventana de la habitación.

A cenar. ¡Qué cuadro tan alegre! Hé aquí el comedor: largo y bajo de techo, enjalbegado, simpático, modesto, con algo de refectorio de monasterio, asilo de peregrinos y algo de cámara de parador castellano. Quinqué de aceite, patrona entrada en años, criadas del país sirviendo, loza española, «fabes con morciella» entre los platos, una singular libertad en la mesa, una particular franqueza entre los comensales. Cuatro horas en plena naturaleza han atenuado toda suerte de timideces. No hay camarada de colación que no tenga cara de amigo, y por si algo faltaba, un canónigo viene á ha-

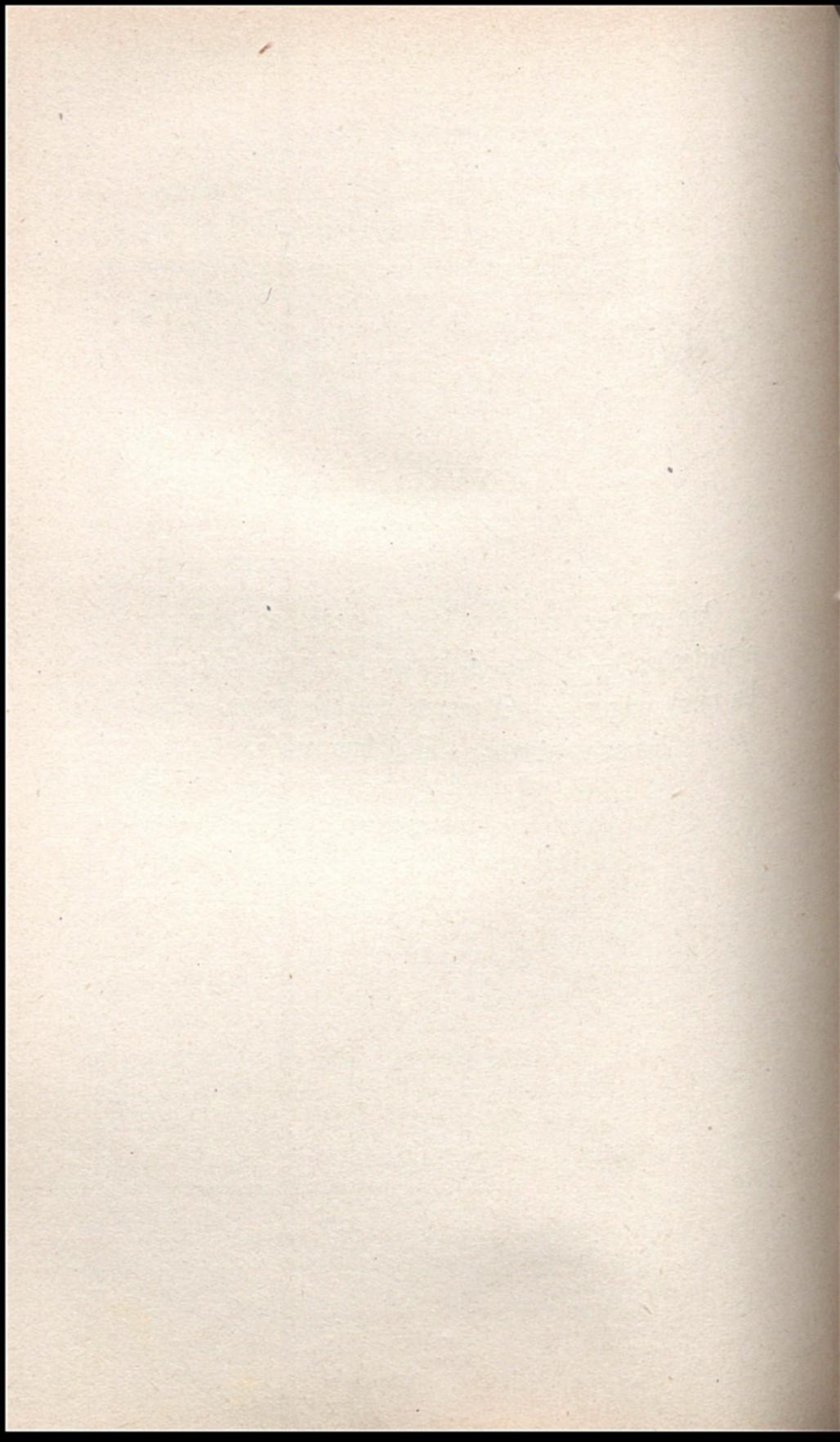
cer una visita á un turista, y apareciendo en la puerta un balandrán negro, suena un clásico y cristiano: «¡Alabado sea Dios! ¡Buen provecho!»

La jornada ha sido ruda. Dos horas de tren y seis de landó. Luego, toda la tarde vagando por un lodazal, en un valle chorreando agua. El cuerpo pide descanso con razón. Un cigarro tras el postre, y á dormir. Hace un frío respetable, que me obliga á reforzar con dos mantas de la hospedería la de viaje. ¡Tres mantas en Agosto! Y encogido bajo el triple cobertor, ya en el primer peldaño del sueño, pienso complaciéndome con el dulce calorcillo:

—Pues, señor. ¡Maldiga la historia lo que quiera la infame figura de D. Opas; pero sin su traición no estaría yo ahora tan á mi gusto en esta cama de Covadonga!

XVII

Que empieza en un solideo y acaba en unas
almadreñas. — Casitas dichosas y fuente feliz. —
La misa augusta. — El campo del «Repelao». — La
lámpara eterna. — El último adiós.



XVII

QUE EMPIEZA EN UN SOLIDEO Y ACABA EN
UNAS ALMADREÑAS

El día de ayer fué de prueba; el cuerpo hállase aún molido; la temperatura del cuarto no convida á levantarse, y á pesar de que la primera luz de la mañana, entrando por la ventana entreabierta, viene á recordarme mi propósito de madrugar, me quedo en el lecho contemplando desde la cama, á través de los vidrios, un trozo de cielo gris. Hoy no llueve, pero continúa la cerrazón.

Un ruido estrepitoso, chocleo de zuecos aporreando pedruscos, suena de pronto fuera. Me visto en un periquete, me asomo detrás de los vidrios, y acierto á ver con un enorme paraguas de algodón bajo el brazo una figura larga y negra, de afeitado rostro y simpático continente, enjuta y recia.

La figura larga ciñe gorro sobre el solideo, viste balandrán y anda con un acompañamiento extraño, moviendo un ruido seco, como si un pelotón de caballerías resbalara por un empedrado. Es un canónigo con almadreñas, es nuestro simpático D. Joaquín, que va á inspeccionar sus obras y que hace estación en la hospedería.

Quizás á los que no lo han visto se les antoje algo cómico tal maridaje, semejante silueta de cura con pies de aldeano; pero yo declaro que contemplada en estas soledades de la cordillera, entre las breñas, resulta con un encanto inconcebible y atrae. Es el sacerdote valiente de la montaña, el sacerdote andarín y franco, el amigo y guía del viajero, la Providencia del aldeano; es el padre de almas, todo bondad, que lo mismo juega á los bolos que tiende la mano á sus feligreses pobres; es el clérigo ingenioso, decidor, tresillista, jinete, buena escopeta, mejor caña, fervientísimo y bueno. Acaso no sabe lo que son hebillas de plata; pero con sus zapatillas de orillo, y dentro de sus almadreñas, mantiene vivo en el pecho de los campesinos el amor á la Virgen, y la levanta poco á poco su futura catedral en la cumbre de un cerro. Los zuecos

vuelven á sonar; la figura del balandrán y el paraguas sale del portalón y se aleja. ¡Buenos días, D. Joaquín!

CASITAS DICHOSAS Y FUENTE FELIZ

Las muchachas tienen que arreglarse; estas celdas no poseen, como es natural, cuartos de tocador. Para dejarles en libertad, desfilo; me voy á la ventura por el valle.

Saliendo de la hospedería, se descubre á mano izquierda, en una loma, una barriada de casitas formadas en hilera. Todas son desiguales, unas más altas, otras más bajas; todas tienen dos pisos, y todas cuentan con sus ventanitas con visillos blancos, ó sus balconcillos con baranda de madera pintada de almagre. Su aspecto es patriarcal y apacible. Se adivina en ellas una suprema calma, un dulce reposo. Hállanse orientadas de manera que sin perder ni una racha del puro oxígeno de la montaña, lleno de aromas, se libran del viento directo del desfi-

ladero. Son las habitaciones de los canónigos.

De cuando en cuando entra ó sale de alguna de las casitas un cura con balandrán y paraguas. No he penetrado en las humildes viviendas, pero no me hace falta; las veo desde fuera, veo el frailerero de hundido asiento, y el estante con los libros sagrados, y la camillita con brasero oculto por el tapete, y la cómoda con su Virgen en una urna, y el gato que duerme en el sillón en las ausencias del amo; veo ese hogar solitario, pero dulcísimo, de los desterrados voluntarios, que aquí dejan pasar sus días al cuidado de su Virgen, custodiando su cueva, en íntimas con el cierzo y la lluvia, tranquilo, silencioso, uniforme, sin turbulencias, sin agitaciones, feliz con la dicha de los oscuros, grave como el tic-tac del reloj de pesas que lleva cuenta del tiempo, en la salita de los visillos blancos. ¡Moradas sencillas de la callada virtud, sonrientes en vuestro aislamiento de la montaña, á las que no suele llegar ningún viajero; tampoco yo quiero profanar vuestro recogimiento con mis voracidades de turista; pero sabed que os amo un instante y os saludo! Sin embargo, el que respete vuestro interior, no es razón para que no curioseee las viviendas de

campesino que con vosotras forman esta aldeita, bautizada con el nombre de Covadonga.

No lejos, tropiézome con varios peñascos que la tradición ha tomado por suyos. Dice la leyenda que al ir á lanzarlos los moros contra los infieles, no pudieron separarlos de la tierra. Caunedo, el exquisito y artista descriptor del Principado, se inclina á creer que tales rocas fueron de las arrojadas desde las cumbres por los astures. También muestran los aldeanos unas hendiduras en el torso de una piedra: son causadas por un resbalón del corcel de Pelayo. ¡No, no me sonrió incrédulamente! Al contrario. Siento profunda envidia de los que poseen tan infantil candor. La fe nutre el alma, el análisis la hiela.

Ayer me chocó desde la gruta una fuentecita que vierte su chorro junto al estanque. Ahora precisamente, con su herrada á la cabeza, llega á la pila una rapaza campesina, que me dirá el nombre de la fuente. De lejos era ésta interesante; de cerca es encantadora. Un tazón de piedra musgosa, brillantada por el baño continuo, y un saltito de agua surgiendo por una grieta, cayendo á plomo como una barra de acero y formando un escarabajeo de burbujas de es-

puma, permanente y bullicioso. Todas las restantes cascadas de la cueva van á estrellarse al ancho pozo, resbalando por el to-rax de la peña; sólo esa menudencia de caño coquetón se declara autónomo, y constituye capítulo aparte entre líquenes y musgo. Un jarrito de hierro, sujeto con una cadenilla, brinda vaso á todo el que quiera beber. Los brazos de torrente que ruedan á su lado llenan el poético rincón de una lluvia pulverizada. La mozuela ha llenado mientras su vasija, que gorgotea rebosante, y antes de marcharse coge el jarrito y echa un trago. Me acerco entonces, la interrogo, y me contesta con su voz suave y reposada:

—En el país llámanla á ésta fuentecina de los matrimonios, porque todo el que aquí bebe cásase dentro del año.

—¿Y se cumple la virtud del chorro?—la pregunto.

—Cuando se bebe con fe, sí, señor.

Y cargando con su herrada se aleja canturreando con una voz suave, en la que hay algo de convencida:

La virgen de Covadonga
Tiene una fuente de plata;
La niña que bebe de ella
Antes de un año se casa.